CAPITULO LVIII.

Los cómplices.

La noche del mismo domingo en que providencialmente encontró Isabel tan piadoso asilo, tuvo lugar en casa del Curro la escena que hemos referido en los capítulos anteriores, sorprendiendo Rosa y Aurelio á Octavio y al Curro y obligándoles á declarar dónde tenian encerrada á la jóven.

No podian imaginarse, como no se lo pensaba tampoco Octavio, que la prisionera habia roto por sí misma sus cadenas, y que ya no eran necesarios los esfuerzos de las personas que la amaban y que por salvarla habian hasta comprometido su existencia.

Aurelio, el Curro, Tomás y Roque, se encaminaron hácia Leganés en la madrugada del lúnes, cuando apenas la aurora empezaba á estender sus albores sonrosados por el plácido azul del horizonte.

A pesar de ser tan temprano, la quinta estaba abierta, y el hortelano sombrío y cabizbajo trabajaba en los jardines.

Cuando vió pararse un coche á la entrada de la alameda y apearse unos caballeros, se dirigió hácia ellos á ver qué querian.

—Venimos á buscar de parte de don Octavio á la señorita Dalmacia, dijo Aurelio, suponiendo que se la conoceria únicamente por este nombre.

El hortelano se encogió de hombros afectando sorpresa, y replicó:

—No conocemos á tal señorita.

—¿Cómo que nó?... esclamó el Curro adelantándose; con qué la señorita que han tenido ustedes aquí enferma gravemente, que ya está mejor y que vino acompañada de una señora anciana...

—Repito que no sé de quién me hablan ustedes; cuando el señorito quiere algo de la quinta lo manda á pedir con una carta ó por medio de uno de los criados de la casa que ya conocemos; dijo el hortelano que tenia un miedo horrible á comprometerse en aquel asunto, si la jóven como se temian, habia ido á dar parte á la autoridad de su detencion en aquella casa.

—Este hombre tiene razon, repuso Aurelio volviéndose hácia el Curro; hemos estado muy torpes en no hacer que Octavio viniese con nosotros.

—Es verdad; pero volviendo por él está concluido.

—Bien, vayan ustedes, que yo me quedo aquí, y no me muevo de este sitio sin ver á mi desgraciada prima, que estos infames de hortelanos tienen encerrada; pero yo les prometo que les he de meter en un presidio para toda su vida.

—Carilla les va á costar la negativa.

El hortelano que oia esta conversacion, temblaba como un azogado.

—Si Octavio se niega á venir y no nos la entregan de buen grado estos bergantes, avise V. al gobernador y tráigase unos cuantos municipales para que se lleven esta gente á la cárcel, dijo Aurelio.

—Por Dios, señores, no me vayan ustedes á comprometer, que soy un infeliz!... murmuró el pobre hombre, pálido de espanto, tendiendo hácia ellos sus manos suplicantes.

—¡Hola!... ya te rindes; pues bien, ríndete del todo y entréganos á la jóven sino quieres ir á un presidio; esclamó Aurelio.

—No la tenemos; pero déjenme un momento consultar con mi mujer, dijo el hortelano dirigiéndose hácia la casa seguido de Aurelio y del Curro, que no creyeron conveniente dejarle solo.

—Iremos contigo, esclamó Aurelio; nosotros somos personas independientes que venimos á buscar esa niña en nombre de su familia; comprendemos que Octavio por una calaverada propia de su edad, la ha traido aquí, y no hemos querido dar parte á la autoridad por no comprometer á su ilustre familia; pero si ustedes se empeñan en ocultarla, nos obligarán á dar un paso que ha de perjudicar á don Octavio y á sus cómplices.

El jardinero-conserje escuchaba en silencio estas palabras, sintiendo un profundo terror, pero sin detenerse en su camino ni aventurar una sola palabra, hasta ver lo que decia la vizcaina, que era la directora del negocio, que les iba saliendo peor de lo que pensaban.

Ya ésta los habia visto llegar por la estensa calle de árboles que corria desde la verja que daba entrada á la posesion hasta la casa, vió la cara poco satisfecha de su marido, y no pudo menos de esperimentar cierto sobresalto, muy natural en quien como ellos se habian hecho cómplices de un delito que castigan severamente las leyes.

Con su pañuelo en la cabeza, un delantal blanco y la escoba en la mano, apoyada en ella la barba, los miraba llegar desde la puerta, fijando sus ojos mas que en los caballeros desconocidos, en el semblante mustio y cabizbajo de su marido.

Este llegó un poco antes, se acercó á ella, y rápidamente, en el dialecto natural de su país la informó del caso:

La vizcaína replicó sin vacilar:

—Salvémonos nosotros y que se ahogue el que quiera.

Luego dirigiéndose á Aurelio que aunque mas jóven que el Curro, le pareció el jefe de la partida, esclamó:

—Caballero, sean ustedes quienes quieran, yo debo ante todo decirles, si no se lo ha dicho ya mi marido, que nosotros estamos á las órdenes de un amo que paga nuestros servicios; por consecuencia manda y hace y deshace en su casa lo que le agrada, y á nosotros solo nos toca obedecer.

—Y bien, V. con eso quiere salvar su responsabilidad, ¿no es cierto?... dijo Aurelio.

—No tenemos, ninguna, señor, hemos cumplido con nuestra obligacion obedeciendo á nuestro amo.

—Pero los amos no pueden imponer á sus criados crímenes que castiga la ley severamente, que tienen pena de presidio.

—Ignorábamos de lo que se trataba; esa señorita vino aquí voluntariamente con otra señora mayor y en ausencia del señorito, que nos mandó con anticipacion preparar habitaciones para ellas, cayó enferma y yo me constituí á la cabecera de su cama, cuidándola dia y noche como lo hubiera hecho su propia madre, y hasta que estuvo convaleciente de su grave enfermedad, he ignorado el motivo porque estaba aquí; esclamó con valor la vizcaína que se esforzaba en probar su inocencia.

—No mienta V. señora, porque estamos perfectamente enterados, dijo el Curro tomando parte en la conversacion; ustedes marido y mujer lo sabian todo; con que menos palabras y mas obras.

—Sí, sí, llévenos V. pronto donde está mi prima; no importa que esté acostada, que pronto se levantará lanzando gritos de júbilo en cuanto oiga mi voz, añadió Aurelio.

La vizcaína y su marido le miraban con cierto temor: aquella esclamó:

—Pero si la señorita Dalmacia no está ya en la quinta.

—Cómo que no está?... ¡imposible!... esclamó Aurelio lanzando casi un rugido.

—La verdad, señorito; se marchó ayer mañana: suban ustedes á su cuarto y se convencerán; dijo María cogiendo una llave que entre muchas tenia colgadas en un llavero, y subiendo las escaleras arriba.

El hortelano que no era hombre de polémica, se escurrió como pudo hácia la huerta y los dejó solos con María, confiando en que sabria salir á puerto de claridad.

En efecto, era una mujer muy lista que sabia sacar partido de las circunstancias.

Aurelio y el Curro la siguieron mirándose uno á otro con inquietud, y no atreviéndose á dar crédito á las palabras de la vizcaína.

—La Golondrina estuvo en mi casa hace pocos dias, y me dijo que la niña ya convaleciente habia quedado al cuidado de este matrimonio, que eran cómplices y la tenian encerrada bajo llave; dijo el Curro en voz baja á Aurelio.

—Infeliz!... la han tenido prisionera como á un criminal, cuánto habrán sufrido, y qué vigilancia habrán ejercido con ella cuando no ha podido ni aun ponerme dos letras!... murmuró el jóven profundamente contristado.

La vizcaína abrió la puerta de la sala que habia servido de cárcel á Dalmacia, y Aurelio se precipitó con impetuosidad en ella.

Los balcones estaban abiertos y todos los muebles y la cama en el mismo estado en que los habia dejado Dalmacia el dia anterior.

Aurelio corrió como un loco de un gabinete á otro llamando á gritos á su prima, y cuando se convenció de que no estaba, se dejó caer en un sofá, casi sofocado de dolor y de angustia.

CAPITULO LIX.

Continúa el anterior.

El Curro que en medio de la ferocidad de su condicion tenia tambien su lado flaco porque amaba con pasion á las mujeres, se conmovió á la vista de aquella suprema desesperacion que se exhalaba en ayes y en gemidos.

La vizcaína le miraba con lástima, comprendiendo que verdaderamente amaba á Dalmacia porque en su amo no habia visto un dolor semejante.

—Y cómo ha sido marcharse?... diga V. esclamó el Curro, ¿se ha ido por órden del señorito Octavio?

Ante esta idea lanzada por el Curro, que penetró como un dardo en el corazon de Aurelio, éste se estremeció y saliendo de pronto de su parasismo, pasó en un segundo del dolor á la ira y esclamó trémulo de rabia:

—Se la ha llevado Octavio?... hable V. pronto, y sacudia con violencia el brazo de la vizcaína.

—Se ha ido ella sola, por su propia voluntad; dijo la

vizcaína llevándose la mano al brazo que la dejó casi magullado Aurelio.

—Si la tenia V. encerrada bajo llave!... miserable, cómo se habia de ir la infeliz por su voluntad!... oh! es preciso que V. muera á mis manos y su marido, y despues Octavio si no parece Dalmacia.

Y en su furor la amenazaba con los puños crispados.

—Señorito!... por Dios cálmese V!... murmuró la pobre mujer aterrada; yo no tengo la culpa de que se haya escapado; vea V. aquí todavía la cama como la dejó y la jícara de chocolate intacta; no he querido tocar nada para que lo viera el señorito Octavio que debia venir hoy.

—Pero cómo fué, cómo?.. murmuró con impaciencia el jóven.

—Yo se lo contaré todo; pero cálmese V. porque en esta fuga no ha intervenido mi amo ni tiene de ella conocimiento.

—Y se habian entendido los dos?... se hablaban?... estaban en buena armonía?... Le amaba ella?...

Todas estas preguntas que hubiera Aurelio querido ver satisfechas á un tiempo fueron hechas con precipitacion, con ansia verdadera que demostraba el estado de intranquilidad en que se hallaba su espíritu.

—Ay! no señor; puede decirse que ni siquiera se han visto en los veintitantos dias que llevaba aquí la señorita. Hoy debian tener la primera entrevista que consintió en concederle, á fuerza de ruegos trasmitidos por mí; pero se conoce que por no verle se escapó, engañándome, porque mientras yo arreglaba las cortinas del balcon, se deslizó de la cama y echó á correr.

—Ah: no quiero verle!... esclamó con gozo Aurelio empezando á tranquilizarse.

—No, señor; ni una sola vez; cuando pasó el delirio de la calentura y recobrando sn razon entró en el período de la convalecencia; empezó á mostrarse esquiva rechazando con obstinacion pero delicadamente á la señora que con ella vino y al señorito Octavio.

—Y cómo éste lo ha sufrido?... en su carácter osado?...

—No lo dude V. repuso el Curro, á mi me ha confesado que me habia conseguido todavía de la jóven el mas pequeño favor; y la respets por miedo de que se la quedará muerta en los brazos.

—Esa es la verdad; como cuando la vió por primera vez, á poco de llegar aqui la señorita fué acometida de aquel terrible accidente que nos alarmó tanto á todos y la ha tenido despues á las puertas de la muerte, tenia miedo no se repitiese y sola la ha visto durante su enfermedad cuando no conocia á nadie, despues esperaba con paciencia la entrevista prometida por ella, que nos ha estado engañando con esperanzas hasta que ha realizado su plon de evasion.

—Y dónde habrá ido!... la infeliz!... sola, sin recursos sin saber donde dirigirse!... murmuró Aurelio variando completamente el curso de sus ideas, y tranquilo ya porque se figuró que le escribiria á la redaccion á su cuarto núm. 6 de la calle del duque de Alba.

En esta persuasion dijo al Curro:

—Vamos á Madrid, la buscaremos. Adios, señora; si usted nos ha engañado, ya puede temblar.

—He dicho la pura verdad; y crea V. que mi cariño es grande hácia esa señorita que parece un ángel; si Vdes. la

encuentran les dirá mi conducta, mis cuidados y mis largas noches de insomnio durante su enfermedad: estoy segura de que no me acrimina.

—Si está contenta de V. sus servicios serán recompensados, porque esa niña que V. habrá creido persona de poco valer, pertenece á una familia ilustre y poderosa.

—Demasiado se conocia su nobleza en su proceder y en su bondad; fué tan generosa, que no quiso delatar al señorito Octavio, cuando ha podido muy bien quejarse al médico de que se la tenia aquí prisionera, y sin embargo lo ha soportado todo por no perjudicar al señorito.

—Le amaria?... murmuró celoso Aurelio de aquel rasgo de generosidad.

—Nó, señor; de amarle no le hubiera rechazado constantemente, ni desdeñado habria sus ofrecimientos, sus riquezas, y hasta su mano que llegó á ofrecerla por conducto mio. Siempre se sonreia diciendo, «si yo no soy ambiciosa «de qué sirven las riquezas sin la felicidad? Yo, no le ame... en fin, quién cerca de

no pude arrancarle una confesion;
palabras y su actitud le delataban,
le ella?...
en eso ha obrado como caballero y
ias; pero Isabel se escapó ayer de la
y no sabemos su paradero.
precisamente cuando ibas á salvar-
?...
pero yo confio que me escribirá,
r no lo ha hecho, porque á mi re-
do por la redaccion y no hay carta
... y por cierto que tengo noticias
nicar á papá.

Leganés.
—El miserable!...
pero lo comprendí; sus
y dime qué ha hecho
—La ha respetado;
debemos darle las grac
prision donde la tenia
—Qué fatalidad!...
la. ¿Y dónde habrá ido
—Quién lo sabe?...
sin embargo desde aye
greso de Leganés, he i
ninguna para mí. Ah!
importantes que comu
—Sobre la revolu

papá, que me ha entregado hace un momento; tendrá que marcharse esta noche.

—Si por fin salieran con bien!... pero sois tan desgraciados, hijo mio; que fracasara otra vez la convinacion y tendremos nuevas y mas crueles persecuciones.

—No; ahora no fracasa; tenga V. confianza, madre mia, como la tengo yo, que la hora de la libertad ha sonado; pero vamos á ver á papá.

—Y esa pobre Rosa!... te dejaré con él y vuelvo por que esperamos al médico; y apenas has calmado mi ansiedad, díme que la sucedió con su hijo para que podamos juzgar por el dolor moral la estension del quebranto que sufre la parte física.

—Voy á referir á V. todo en dos palabras.

Llegamos á casa del Curro; Rosa acudió la primera y se escondió en la alcoba de un gabinete. Despues entraron Octavio y el Curro y detrás de ellos nosotros, y sin que afortunadamente se apercibieran de nuestra presencia.

Entablaron una larga conversacion creyéndose solos por la cual comprendimos lo mismo Rosa que nosotros que Octavio tenia oculta á la pobre Isabel y que ésta habia padecido una enfermedad gravísima de la que estaba convaleciente.

Ya con esta seguridad me presenté y Octavio se puso hecho una furia; insultándome y queriendo llevar la cuestion al terreno de las armas, porque se precia de espadachin y de valiente y solo inconveniencias y bravatas salen de su boca.

Pero á mí me convenia tener mucha prudencia hasta encontrar á Isabel y procuré contenerme; sin embargo se

obstinaba en no declarar el sitio en que la tenia encerrada y hubo un momento en que perdí mi calma y me lancé sobre él ciego ya de furor.

Rosa viendo en peligro á su hijo se presentó á salvarle, sin que pudiera la infeliz contener ese grito del alma ese «hijo mio,» que la denunció, grito sublime de la naturaleza que solo una madre puede lanzar.

El miserable que se envanecia de sus blasones y de la nobleza de la que juzga su madre se quedó estático al decirle yo con el acento de la rabia que me dominaba. «Esa es tu madre, esa.»

La rechazó indignado, cuando acababa de salvarle la vida, la insultó, llamándole inmunda, presidiaria y otras mil estupideces que fueron agudos dardos para el corazon de la infeliz.

—Ah! pobre madre!... cuándo no tiene mas flaqueza que el amor á su hijo!... ahora comprendo su mal, esclamó la marquesa profundamente contristada.

—Pues la rechazó con todas sus fuerzas, la volvió la espalda negándose á reconocerla y tuve yo que consolarla, porque temimos que no saliera de una congoja que la dió.

El Curro que en medio de ser un hombre feroz tiene un gran corazon y la ama de veras, me ayudó á salvarla y tanto le horrorizó la conducta de ese perverso de Octavio, que el mismo declaró el sitio en que estaba Isabel y nos acompañó á buscarla; pero llegamos tarde; ayer mismo burlando la vigilancia de la mujer que la guardaba se escapó de la quinta.

Empero en medio de mi pena estoy contento porque de mis informes resulta que Octavio no ha cambiado dos pa-

labras con ella, no por el respeto que todo hombre de honor debe á una señora. si no r[illegible] una negativa. ...

[illegible] ésto era por [illegible] esperará l[illegible]

[illegible]a mañana y su impaciencia no le permi- [illegible] un criado [illegible] derá esperará verá ensarandaMadrid á [illegible] señora [illegible] á saber si podrian verla y volvió diciendo que la [illegible] mayor estaba enferma y no recibian.

No por esto se desalentó Jaime... que como amante fa- [illegible] vorecido tenia muchos derechos en aquella casa. Tomó una

hoja de papel timbrado con su corona de marqués y escribió lo siguiente:

«Mi adorada Rosario: tenemos necesidad de hablar esta misma mañana de nuestro vital asunto, me dicen que tu tia está enferma y como supongo no será cosa de cuidado, podemos aprovechar la ocasion para tratar sin testigos sobre los medios que hemos de emplear para conseguir el logro y satisfaccion de nuestros mútuos deseos.

Tuyo con el alma

JAIME.»

Cerró esta carta y la entregó al criado.

Esta vez tardó mas de una hora en volver; sin duda Jimena no quiso resolver por sí sola y tuvo que consultar con la marquesa que como directora de aquella comedia no podia menos de entender en todos sus detalles.

El marqués se paseaba por la sala mordiéndose los puños de impaciencia, cuando el criado llegó diciendo que la señorita le esperaba.

El marqués dió un salto para cojer su sombrero y su baston con la agilidad de un muchacho de quince años.

Los viejos cuando están enamorados se vuelven niños. Y es que el amor tiene el privilegio de rejuvenecer las naturalezas mas gastadas.

Jaime no veia el terreno que pisaba y en cinco minutos estuvo en casa de su amada.

Jimena le esperaba en su gabinete, muy poéticamente ataviada, si bien con ese descuido matinal, que tan encantador parece á los enamorados.

Tenia el cabello recogido en trenzas que le caian por

los hombros y encima del traje un peinador de batista y encajes que dibujaba perfectamente sus elegantes formas.

Hacia muy poco tiempo que los amantes habian desterrado el enojoso *usted* sustituyéndole por el cariñoso *tu* que señalaba un grado mas de intimidad entre ellos.

Esta era la única gracia concedida por Jimena al enamorado marqués, que en su conquista amorosa no habia adelantado ni un ápice de terreno.

La jóven era severa é inflexible y todo lo aplazaba para cuando estuviesen casados.

—Perdon querida Rosario, si vengo tan temprano á molestarte; pero he pasado una noche muy inquieta y no puedo vivir sin depositar en tu seno todos los secretos de mi alma.

—Tambien yo he sufrido mucho, porque mi tia está enferma, le contestó la jóven señalándole un sillon próximo al suyo.

—Ah! es verdad!... cuánta indulgencia necesito; los enamorados somos unos egoistas que solo pensamos en nuestro amor; mi primera palabra ha debido ser preguntar por su salud; pero tú eres buena y perdonas mis distracciones.

Jimena se sonrió.

—Esa sonrisa me absuelve, continuó el marqués, y cómo está tu buena tia?... qué padece?...

—Una fiebre intensísima que la ha tenido delirando toda la noche; yo no he podido acostarme y aquí me tienes desde ayer sin haber descansado ni un minuto.

—Por eso estás pálida y ojerosa; pobre Rosario mia!.. pues ahora me perdono menos el haber insistido en verte.

—Apesar de que me siento mal y de que no puedo abandonar á mi querida tia, yo he tenido mucho gusto en concederte cinco minutos; porque tu carta revelaba una urgencia y una ansiedad que no me esplico; dijo Jimena mirándole fijamente, como quien está ya segura del dominio que ejerce sobre un corazon que se le ha entregado por completo.

—¡Cinco minutos!... esclamó el marqués.

—Y debes agradecérmelos mucho; porque la enferma reclama mis cuidados.

—Y se ha llamado á un médico?...

—Sí; precisamente le estoy esperando y mi impaciencia y mi pena es tanto mayor cuanto que ignoro todavía la enfermedad que la aqueja. Los síntomas son alarmantes y me tienen muy intranquila.

—Oh! qué desgracia!... y yo que tenia tantas cosas que decirte!...

—Resérvalas para mañana; si está mejor hablaremos largamente; en este caso te espero á almorzar.

—Ah! qué felicidad; Dios quiera mejorarla.

Y el marqués en la espansion de su júbilo quiso besar la mano que Jimena le tendia en señal de despedida.

—Eso nó; dijo ella retirándola y riéndose.

—Qué cruel!... cuándo cesará esa severidad?...

—Cuando seas mi marido!... le dijo ella sonriendo con encantadora coquetería.

—Y que pronto será!..... de eso queria que hablásemos.

—Pues mañana, si mi tia está mejor; porque queremos marcharnos inmediatamente á Paris.

—Coincide ese deseo con el mio y creo que nos entenderemos; la hora de nuestra felicidad se acerca.

Y el marqués con un nuevo apreton de manos desapareció en la antesala, dibujándose en sus labios una sonrisa de triunfo.

Apenas Jimena se encontró sola, aparecieron en su pálido rostro las señales de la inmensa melancolía que abrumaba su alma.

Cayó abatida en el sofá y dejó correr largo tiempo su comprimido llanto.

¿Qué la importaba el marqués, si su pensamiento estaba constantemente fijo en Aurelio?

Le amaba y no queria confesarlo, ni que él lo supiera; pero en la posibilidad de que lo hubiese adivinado, deseaba ya á todo trance marcharse á Paris y despues á Italia, donde bajo la proteccion de la marquesa debia hacer sus estudios para dedicarse al teatro.

La farsa que sostenia con el marqués estaba próxima á su desenlace; el epílogo de aquella comedia debia ya esponerse de un momento á otro, y una vez terminado este asunto nada le quedaba que hacer en Madrid.

—Iba á partir llena de amor; pero aquel amor seria como una luz purísima que iluminase su inteligencia. Seria su inspiracion, su estrella polar.

CAPITULO LXIV.

Asalto nocturno.

Antes de pasar adelante en los sucesos de nuestra novela, debemos hacer una breve reseña política para el perfecto conocimiento de la situacion.

La revolucion largo tiempo contenida estaba próxima á estallar. El dia señalado para alzar los sublevados en el Campo de Guardias el pendon de libertad, fué primeramente el 13 de Junio, que estuvieron reunidas todas las tropas en sus respectivos sitios, y si no cayó aquel dia el ministerio polaco que tenia sobre sí la execracion entera del país, fué por una casualidad.

Una prueba notabilísima se vió entonces del entusiasmo y lealtad con que se hacia la revolucion, que fué no recibir el gobierno delacion ni noticia alguna, aunque estuvo el pronunciamiento casi realizado cerca de dos horas en el Campo de Guardias.

Pero llegó el 27 de Junio y con él la agonía del Gobierno.

A la madrugada marchó la reina á la Granja con algunos de sus ministros, y al dia siguiente á la misma hora debia verificarse en el Campo de Guardias la fraternal reunion de O'Donnell, Dulce, Ros de Olano, Messina, Echagüe y otros jefes de menos cuenta, que seria prolijo enumerar, con sus respectivas tropas.

Cundió en Madrid la alarma y el entusiasmo en el pueblo. Públicamente se hacian votos en todas partes por el triunfo de la santa causa, y á tener armas á su disposicion los heróicos madrileños, aquel fuera el último dia de la dominacion polaca.

El Gobierno, confiado hasta entonces, empezó á sentir un terror profundo. Sucedíanse los Consejos de ministros entre los que habia en Madrid; doblábanse las guardias, reforzábanse los puestos militares, y el Corregidor conde de Quinto la emprendió con el pueblo en una série de bandos terroríficos que solo servian de risa y de chacota.

La reina, como hemos dicho, habia marchado al Escorial de paso para la Granja. Todo el camino estaba lleno de tropas. Los sublevados descuidaron el cortar la línea telegráfica recien establecida, por lo cual al momento se supo la nueva en San Lorenzo, produciendo en la córte inesplicable susto.

El mismo dia 27 tuvo lugar la entrevista que hemos referido entre la marquesa y D. Toribio.

El brigadier y Aurelio escondidos en el tocador de Tula se preparaban para marcharse al amanecer con los sublevados, tenian su correspondiente aviso y hacian para ello los preparativos necesarios.

Aquella noche hizo Tula que todos se recogieran en la

casa muy temprano, y ella misma estuvo al lado de su marido y de su hijo hasta que los dejó dormidos encargándose de despertarlos á la hora convenida.

Las habitaciones que conducian á la puerta de la calle del Cababallero de Gracia estaban desiertas, para que nadie pudiera sorprenderlos en su marcha y las del otro lado se agrupaban los criados, uno de los cuales estaba en convinacion con la partida de Camándulas, que en su empeño de dar un asalto á la opulenta casa de la marquesa lo tenian preparado para aquella noche.

El marqués llegó á casa con Octavio sobre las once de la noche; ambos llegaron muy preocupados por el estado de la opinion pública que señalaba como inevitable la sublevacion para la madrugada del siguiente dia.

Jaime hizo acostarse á su hijo y á los criados despues de haberse informado de que la tia de su amada seguia mejor, y sin ánimo de dormir porque le preocupaba mucho tanto la cosa pública como su situacion particular, se puso en su bufete á arreglar algunos papeles convencido de que tendria que escapar al estranjero mas bien por la fuerza de las circunstancias que por su propia voluntad.

Todos dormian en la casa, escepto el marqués y la marquesa que velaban en sus respectivas habitaciones, y el ladron que estaba en acecho y debia abrir la puerta á sus compañeros á las tres de la madrugada, cuando oyese en la calle la señal convenida.

En la imposibilidad de entrar por la puerta principal cuya llave guardaba el conserje y dormia allí inmediato con dos criados, acordaron los bandidos entrar por un balcon del entresuelo, que tenia reja debajo y era muy fácil

la subida. Este balcon correspondia á la primera antesala de la habitacion de Jaime que casi siempre quedaba abierta, porque los criados de su servicio dormian á la parte opuesta cerca del cuarto de Octavio.

El marqués tenia únicamente cerca de sí en una alcoba interior á su ayuda de cámara.

El despacho del marqués estaba muy cerca de la antesala; pero su mesa colocada á la derecha de la puerta cerca del balcon impedia que se viera la luz desde fuera.

Además Jaime que era un hombre suspicaz en alto grado, al empezar á revisar suo papeles se encerró por dentro en su despacho y ya con entera seguridad pudo entregarse á su tarea.

Completamente absorto, dejó correr el tiempo hasta que oyó dar en un reló de sobremesa las tres de la madrugada.

Recogió todos los papeles y se levantó con ánimo de acostarse cuando oyó en la calle un agudo silvido y crugir en la habitacien inmediata á la suya las maderas del balcon.

Alarmado vivamente, dejó á media luz su quinqué y abriendo con grandes precauciones el balcon se asomó, para ver lo que pasaba en la calle y en el balcon contiguo.

Con gran sorpresa vió que subieron seis hombres uno tras otro y reconoció en el que estaba arriba dándoles la mano á uno de los criados de la marquesa que llevaria unos dos meses en la casa.

No dudó ni un momento que los que así penetraban eran ladrones que se proponian robar, aprovechándose del sueño de los demás criados que no eran cómplices para irlos atando uno por uno.

Observó que en la calle quedaban dos de centinela y recordó que por la calle del Caballero de Gracia podia pedir ausilio. Para esto tenia que subir á las habitaciones de la marquesa y por la escalera principal era imposible porque estaban allí los ladrones.

Abrió un cajon de su mesa de despacho, tomó dos pistolas, se aseguró de que estaban bien cargadas y se las puso en el cinto, se colocó tambien un agudo puñal y tomando la luz se dirigió hácia la escalera interior que comunicaba con las habitaciones de arriba con objeto de llegar antes que los ladrones y dar la voz de alarma.

Entró primero en el cuarto de su ayuda de cámara que dormia como un bienaventurado, le despertó y le hizo levantarse á toda prisa y tomar algunas armas, informándole del caso y dándole el encargo de que le siguiera para que fuese despertando á los criados en tanto que él pedia ausilio á los serenos por la puerta de la calle del Caballero de Gracia.

Amo y criado subieron la estrecha escalera, y al terminarla se encontraron con un inconveniente que exaltó el furor del marqués.

Estaba cerrada la puerta y la llave la guardaba la marquesa.

—Si yo tuviera un cuchillo con buena punta, pronto abriria, dijo el criado examinando la cerradura con la luz del quinqué.

—Aquí está mi puñal!... esclamó el marqués.

—Ah! gracias á Dios; estamos salvados; repuso el ayuda de cámara con viva alegría.

Tomó el puñal y con la punta que era fuerte y aguda hizo saltar en un minuto la cerradura.

La puerta cedió y penetraron los dos llenos de miedo porque creian que ya los ladrones habrian entrado en todas las habitaciones.

—Convendria apagar la luz, dijo el criado; no la necesitamos porque V. y yo conocemos la casa.

—Tienes razon, esclamó el marqués dando un soplo al quinqué y colocándole sobre una mesa.

—Yo voy á despertar á los criados, dijo el ayuda de cámara y á ver si puedo alcanzar, sin encontrarme con los ladrones, la cuerda de la campana que va á la portería para dar la voz de alarma y no se necesita mas para cogerlos.

—Sí; sí; eso es lo mejor; yo en tanto me dirijo por esta puerta á las habitaciones de la marquesa para prevenirla y que no se asuste.

El amo y el criado se separaron, marchando el uno por la izquierda y el otro por la derecha.

En la casa reinaba un silencio profundo y una completa oscuridad.

CAPITULO LXV.

Sorpresa.

Tula no habia podido descansar en toda la noche. Hizo acostarse á su marido y á su hijo y ella se quedó velando su sueño.

¡Cómo habia de entregarse tranquila al descanso la desgraciada esposa y madre si al siguiente dia iban á esponer su vida las dos personas que mas amaba en el mundo!.....

Muy seguro contaban el triunfo y grandes eran sus esperanzas; pero á veces la fatalidad se interpone y fracasan las empresas mejor combinadas.

Desde luego lo inevitable, lo cierto, lo inminente era que su libertad y su vida corrian un gran riesgo y esta zozobra tenia angustiada á la desdichada Tula que tan pocos momentos de felicidad habia gustado en la tierra.

Milagrosamente habian vivido ocultos en su casa sin que los descubrieran y ya les faltaban pocos momentos para salir de su encierro, pudiendo quizá volver en pleno

dia á los ojos de todos á una casa que era suya y se la habian infamemente usurpado.

La hora del castigo se acercaba para Jaime.

La del triunfo para el brigadier.

Abismada en sus tristes pensamientos estaba la marquesa cuando sintió dar en un reloj de sobremesa las tres de la madrugada.

—Ah! ya es hora de despertarlos, dijo, y se levantó dirigiéndose hácia su tocador.

Al levantar el portier de damasco se encontró con Aurelio que se disponia á hacer la misma operacion.

—Ya levantado, hijo mio! ¿no has dormido?..... le preguntó la marquesa rodeándole el cuello con sus brazos.

—Sí, madre mia, he dormido un rato; pero estoy inquieto y vengo á pasar con V. los pocos momentos que debemos ya estar á su lado: esclamó Aurelio besando á su madre en la frente.

—Y tu padre?...

—Ha dormido como un bienaventurado y no le arredran los peligros; guerrero infatigable, duerme en vísperas de una batalla como despues del triunfo; pero ya le he dejado despierto y dispuesto á vestir su honroso uniforme para presentarse en el campo de batalla.

—Sentémonos, pues, y esperaremos que se vista, dijo la marquesa llevando á su hijo á un divan que habia á los piés de su cama frente por frente de la puerta que comunicaba con las habitaciones esteriores.

—Ya son las tres!... esclamó Aurelio mirando al reloj, dentro de media hora debemos salir de aquí.

—Juana está prevenida y no tardará en traer el choco-

late para que tomeis algo antes de partir; pero qué pena tengo, Aurelio mio, me parece que ya no os voy á ver mas, ¡qué largas horas de inquietud voy á pasar durante esta penosa ausencia!...

Y la marquesa sin poderlo remediar dejaba correr su llanto y estrechaba contra su pecho la querida cabeza de su hijo.

La puerta que tenian en frente se abrió en silencio y apareció la ceñuda y sombría figura del marqués que los contemplaba irritado, al sorprenderlos en aquella postura de cariñoso abandono.

El dormitorio de la marquesa estaba iluminado con una lámpara de color de rosa; en el centro habia un velador y sobre él se veian dos llaves que eran las de la puerta de la calle del Caballero de Gracia.

Al principio no se alarmaron la madre y el hijo al sentir el ruido de la puerta creyendo que seria Juana, única persona que tenia permiso para entrar en el dormitorio de la marquesa; pero al levantar Aurelio la cabeza que tenia escondida en el seno de su madre vió al marqués y se puso en pié instantáneamente como si le hubiera mordido una víbora.

La marquesa se fijó en Jaime, y esclamó involuntariamente poseída de un terror profundo:

—El marqués!...

Pero recobrando al pronto todo su dominio al pensar en el peligro que corrian su marido y su hijo, si eran descubiertos por aquel hombre, se acercó á Aurelio, y le dijo al oido empujándole hácia la puerta del tocador, para evitar que saliera Leon:

—Marchaos enseguida por casa de Rosa.

Aurelio mirando fijamente al marqués con iracundo encono, desapareció trás la cortina de damasco. La marquesa cerró la puerta y quitó la llave yendo á sentarse profundamente abatida en un sillon, cerca de su cama.

Esta escena pasó con una rapidez maravillosa.

El marqués avanzó unos cuantos pasos, y colocándose frente á la marquesa, la miró con profundo desprecio, como orgulloso de haber sorprendido en un desliz, á la mujer que se preciaba de virtuosa y de incorruptible.

—¡Has faltado á tus deberes!... la dijo, queriendo confundirla con una mirada.

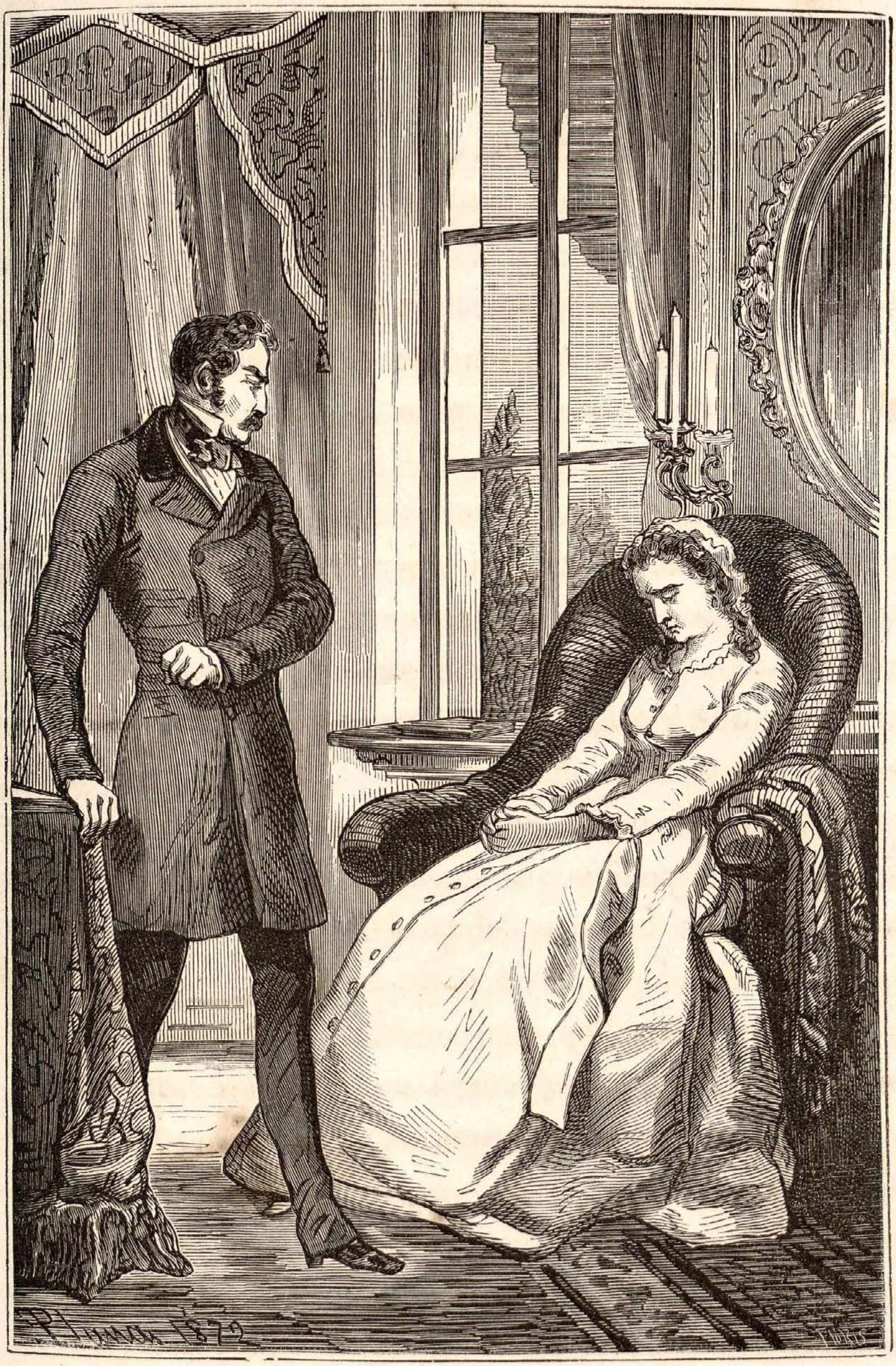
La marquesa calló; no la importaba pasar por adúltera, la era mas grato que el marqués creyera á Aurelio un amante, que no declararle la verdad y le dejó en suerror, resignándose á sufrir toda clase de insultos, hasta que su marido y su hijo estuvieran en salvo.

Empero el marqués que habia ido allí con urgencia á prevenirla del peligro que corrian y á buscar las llaves de de la puerta de la calle del Caballero de Gracia, no podia detenerse.

Por otra parte, dispuesto como estaba ya á romper aquel matrimonio, no le desagradaba encontrar un pretesto legítimo, en que fundar su resolucion.

Jaime despues de contemplar breves instantes á la marquesa, la dijo:

—He venido aquí á prevenir á V. que nos amenaza un peligro, y no puedo perder un minuto; seis hombres, ladrones sin duda, se han introducido en casa, sírvase V. encerrarse para que no la sorprendan y déme las llaves de la



¡Has faltado á tus deberes! . . .

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIN LEGUINA
Comunidad de Madrid

puerta de la calle del Caballero de Gracia, para salir por allí á buscar auxilio y prenderlos; pero pronto, señora, pronto.

—Dios mio!... esclamó la marquesa aterrada; ahí están las llaves; y señaló al velador.

El marqués las tomó, y salió rápidamente en el momento en que entraba Juana llevando en una bandeja el servicio del chocolate.

—Entra, entra, y cierra que hay ladrones, dijo la marquesa empujando á su antigua doncella y cerrando la puerta por dentro.

Juana se lanzó hácia el balcon para llamar á los serenos, y la marquesa despues de agitar febrilmente una campanilla reservada que tenia junto á su cama y que era una voz de alarma para el conserje, corrió hácia su tocador ansiosa por ver si su marido y su hijo se habian puesto en salvo.

—Aurelio!... Aurelio!... Leon!... querido Leon!... esclamó buscándolos en la pequeña alcoba que les sirvió de escondite. No estaban, y la pobre madre en medio de su angustia exhaló un grito de alegría.

—Ah! se han salvado!... gritó, y corriendo desolada atravesó la habitacion contigua fijándose en el cuadro que cerraba la puerta de comunicacion con la casa de Rosa.

Aun se agitaba el lienzo, acababan de pasar y en su precipitacion dejaron un pañuelo blanco cogido con el marco.

—Hé aquí por donde ha podido descubrirse esta salida, murmuró la marquesa abriendo el resorte para sacarle porque estaba fuertemente adherido al quicio.

—Señora marquesa, es V...? gritó Jimena desde el otro lado.

—Sí, yo soy; se han salvado?...

—Sí, señora; ya están en la calle.

—Bien, bien; muchas gracias; adios; esclamó la marquesa dirigiéndose hácia el cuarto de su madre.

Ya la alarma habia cundido en toda la casa y se sentia un ruido espantoso.

Los serenos y los municipales de la guardia próxima acudieron al llamamiento del marqués, y en union de los criados empezaron á buscar á los ladrones que se habian escondido por diferentes sitios buscando su salvacion.

Los seis y el criado cómplice cayeron en poder de la autoridad que los hizo atar codo con codo, llevándoselos á la cárcel.

Entre ellos estaban Camándulas y el Yesero.

Esta vez el Curro no formaba en la partida salvándose milagrosamente.

A todo esto eran ya las seis de la mañana, y cuando el marqués se disponia á subir á la habitacion de la marquesa para pedirle cuenta de su conducta, le entregaron una cartita de Jimena en la que le llamaba apresuradamente á su casa para un asunto de interés.

El marqués voló al lado de su amada, olvidándose de todo.

CAPITULO LXVI.

El 28 de Junio.

Rosa despues de una fiebre de veinticuatro horas, se encontró mejor á la madrugada del siguiente dia, gracias á los cuidados del médico que merced á una abundante sangría pudo calmar aquel arrebato de la sangre que la tuvo muy próxima á un ataque cerebral.

Jimena que la queria con delirio no se apartó de su lado, presentándole por sí misma todos los medicamentos sin consentir que nadie se le acercara, apesar de que llevaba dos noches sin acostarse.

Cuando sonó la señal en la puerta de comunicacion Jimena la oyó en seguida y corrió allá, encontrándose en su tocador al brigadier y á Aurelio que acababan de entrar precipitadamente.

Eran poco mas de las tres de la madrugada.

—Cómo está Rosa?... preguntó el brigadier.

—Mucho mejor, la sangría de ayer la ha probado per-

fectamente; la fiebre es menos intensa y el delirio ha desaparecido.

—Ah! cuanto me alegro; Dios quiera mejorarla.

—Yo creo que se despejará pronto.

—Hija mia, hemos sido esta noche sorprendidos por el marqués en nuestro escondite; yo nó, porque estaba vistiéndome, pero Aurelio hablaba con su madre hace un momento cuando se presentó inopinadamente, venimos, pues, huyendo, y yo no sé la pobre Tula si tendrá algun disgusto con ese malvado.

—Ah! si no fuera tan temprano yo le llamaria con cualquier pretesto; dijo muy contristada Jimena.

—Sí, llámela V. en cuanto amanezca y dígala que en el campo de Guardias están todas las tropas sublevadas con el general O'Donell á la cabeza. Nosotros vamos allá en este instante, vea V., por eso voy de uniforme, y el brigadier separó la capa para que la jóven lo viese.

—Dios quiera sacar á Vdes. con bien; esclamó Jimena.

—Vamos á triunfar ó á morir.

Aurelio cabizbajo y sombrío con los brazos cruzados no habia dicho una palabra durante este breve diálogo; estaba pensando en que quizá su madre seria maltratada por aquel verdugo de hombre y su sangre se encendia, por que en su ardor juvenil no hubiera querido dejarla sola con él sin haberle muerto á sus piés.

—Podemos salir sin que nos vean?... dijo el brigadier.

—Sí, porque todos los criados duermen; síganme Vdes.

Y Jimena se dirigió hácia la puerta.

Al despedirse la dijo Aurelio con una mirada triste y apretando afectuosamente su mano:

—Por Dios, Jimena; mi pobre madre, que acaso tenga un disgusto con ese tigre.

—Sí, Jimena, no la olvide V., añadió el brigadier.

—Pueden Vdes. ir tranquilos, que la marquesa no sufrirá.

No ignoraban ellos la influencia que Jimena ejercia sobre Jaime y se marcharon confiados en la promesa de la jóven.

Cuando hubieron salido á la calle, ésta volvió al cuarto de Rosa y á poco sintió la señal de la puerta de comunicacion; era la marquesa que pedia noticias de su esposo y de su hijo.

Todos estaban agitados y en un desasosiego infinito; pero Jimena como bálsamo consolador curaba las heridas de unos y de otros; mientras que las suyas cada vez mas hondas no podia curarlas nadie.

Atenta siempre á procurar la dicha de las personas que tanto amaba, no se descuidó en llamar al marqués, así que amaneció.

En tanto que llegaba se fué al cuarto de Rosa y la encontró muy bien; habia dormido un rato y la calentura desaparecia por momentos.

—Qué hay; querida Jimena?... te veo agitada, llorosa, la dijo queriendo incorporarse un poco en la cama.

—No se mueva V. por Dios; ya que se encuentra mejor permanezca en la cama, no volvamos atrás.

—Sí, ya estoy bien; pero callas?... no me dices lo que tienes?...

—Muchas cosas que la contaré mas tarde, ahora es preciso que la tranquilidad de V. sea completa, que un sueño

reparador restaure sus fuerzas y se prepare á realizar el desenlace de nuestro drama.

—Ya se acerca la conclusion?...

—Sí, sí; espero al marqués y voy á prepararla quizá para esta noche si está V. mejor.

—Ya lo creo que estaré, esa sola noticia me devuelve la salud!... Ah! tengo unos deseos de confundirles ¡el miserable!...

—Esta noche ha sorprendido á la marquesa con su hijo; la dijo Jimena.

—Ah Dios mio!... pobre marquesa!... y tendrán algun disgusto?...

—Voy á procurar evitarlo; por eso he llamado al marqués.

Una doncella entró á avisar á Jimena anunciándola que el marqués la esperaba.

—Ya está ahí; procure V. dormir un rato y su indisposicion habrá desaparecido; dijo Jimena besando cariñosamente á Rosa.

—Sí, dormiré por que el sueño me rinde, contestó muy animosa la antigua cigarrera, envolviéndose cómodamente entre las sábanas.

Jimena ó sea Rosario apareció ante el marqués pálida y acongojada.

—Qué tienes, querida mia?... se apresuró á decir el marqués corriendo hácia ella, estrechando afectuosamente sus manos y haciéndola sentar en un divan.

—Una congoja mortal; ya ves, estoy trémula y llena de angustia, por eso te he llamado.

—Pero qué sucede?... está peor la tia?... esclamó el

marqués pintándose en su rostro la ansiedad mas viva.

—Todo lo contrario, se encuentra bien y ahora precisamente está descansando; pero yo llevo dos noches sin dormir, y desde esta madrugada que supe los acontecimientos políticos tengo un miedo horrible, van á empezar en Madrid, los tiros y las barricadas y yo no quiero verlo; es preciso que hoy mismo nos marchemos á Francia.

—Pero eso es una alarma sin fundamento; todo está tranquilo; esclamó el marqués con asombro.

—Cómo tranquilo!... es posible, que vivas en esa ignorancia, cuando hasta los criados de casa lo saben y las gentes corren asustadas por la calle?... ven, asómete al balcon y lo verás.

Y Jimena cogiéndole de la mano le llevo al balcon.

Efectivamente se veian muchos grupos de hombres que hablaban entre sí acaloradamente y circulaban entre sí papeles impresos como proclamas que leian y comentaban con calor.

—Pues no he advertido nada, ni se lo qué ocurre, es verdad que como nuestras casas están juntas no he hecho mas que salir de un portal y entrar en otro sin fijarme en la gente.

—Desde bien temprano han venido los criados diciendo que las tropas sublevadas están reunidas desde el amanecer en el campo de Guardias, con el general O'Donnell á la cabeza, y esa es la causa de la agitacion que se nota en Madrid.

Voy á mandar por uno de esos papeles que están repartiendo y veremos lo que es.

Jimena salió y volvió á poco con un papel impreso en

la mano. Era la proclama que circuló por Madrid en la madrugada del 28 de junio firmada por los generales sublevados O'Donnell, Dulce, Ros de Olano y Messina.

Este documento que causó honda impresion en el pueblo estaba dividido en tres partes, dirigidas *á los españoles*, *á los ciudadanos y á los soldados* esponiéndoles los males de la patria, las inmoralidades del gobierno y exortándolos á tomar las armas para conquistar la libertad sacudiendo el ominoso yugo que los convertia en un pueblo de esclavos.

El marqués se quedó aterrado al concluir su lectura.

—Tienes razon; veo que tu alarma es fundada; dijo á Jimena; el gobierno no tenia esto previsto, es creido eterno en el poder y se derrumba. La revolucion está encima; yo me hallo muy comprometido y es preciso marcharnos enseguida al estrangero.

—Sí, al momento, repuso Jimena; si mi tia está mejor esta noche misma; pero es necesario que dejes entablada ante el juez tu demanda de divorcio, de otra manera ni mi tia ni yo saldremos de aquí contigo.

—La entablaré; precisamente esta noche he sorprendido á mi mujer con un amante.

—Me alegro, así tienes ya un motivo que alegar, y qué la has dicho?...

—Nada; hemos tenido en casa ladrones, que por fortuna han sido todos presos.

Jimena se estremeció pensando si estaria con ellos su padre; pero dominándose esclamó muy alarmada.

—¡Ay! Dios mio; en este Madrid todos son peligros; cuántos deseos tengo de dejarle!

—Bien, pues, voy á arreglar nuestro viaje; quiero pre-

venir á mi hijo para que se nos adelante y si el estado de Madrid lo permite, veré hoy mismo al juez; dijo el marqués levantándose.

—Es que mi tia quiere acompañarte; dice que quiere llevar la entera confianza de que la demanda queda entablada, y es muy caprichosa, ya lo sabes.

—No hay inconveniente por mi parte; pero esto lo va á retrasar.

—Es imposible contrariarla; haremos los preparativos de viaje, á ver si nos marchamos esta noche.

—Voy á casa y volveré pronto.

—Una cosa te voy á suplicar; dijo Jimena con mimoso acento.

—Y qué es ello?.. concedida desde luego; esclamó el marqués muy satisfecho por el cariño que le fingia Jimena.

—Que no veas á tu mujer.

—Qué capricho!.. y por qué si he de romper con ella?.. repuso Jaime mirando con enternecimiento á su amada.

—No es capricho; es una exigencia formal; si me amas júrame que no la verás; escríbela tu resolucion y que la entreguen la carta mañana cuando hayamos partido, tengo miedo de que al verla quizá llorosa y afligida te vuelvas atrás.

—Eso nunca; pero si ese es tu temor, te juro que no la veré. Estás contenta?...

—Ah! sí; fio en tu juramento, adios; hasta luego; te espero á almorzar y á comer.

—Vendré y mandaré aquí mis equipajes para que vayan reunidos con los vuestros.

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUÍN LEGUINA Comunidad de Madrid

—Es lo mejor..... ah! ojalá podamos partir esta noche misma.

Jimena acompañó al marqués hasta la puerta del gabinete, y así que desapareció corrió al cuarto de Rosa y la encontró profundamente dormida.